

traer los toros para irlos á recibir..... todo esto lo mismo que lo que dejó referido de Colima en las fiestas de San Felipe, excepto en lo de llevar las banderas de las diferentes nacionalidades.

Después del encierro, del toro de once, etc., se encaminaron los convidados de ambos sexos al gran almuerzo á una de las casas grandes de la plaza: igual cosa se repitió en los días siguientes en las diferentes habitaciones de los que recibían.

Se deja entender que los banquetes fueron suntuosos y lucida la concurrencia, rematando la diversion en la noche con bailes.

El pueblo tenía también los suyos en la plaza bajo las tiendas de lona ó de tabla y al cielo raso, bailando al són del harpa las jaranas y el violín y se jugaban rifas, albures, roletas ó saboreaban el tequila y el pulque de Sayula que estaba de lo bueno.

Yo estuve divertido en las referidas fiestas y como reunía con algunas familias de Colima y Guadalajara, en los

ratos que no había que ver de procesiones, salíamos por la tarde á los alrededores, á oír el piano en algunas visitas ó rematabamos en el baile ó la iluminación que francamente en Zapotlán es artística y del mejor gusto, porque las calles principales de una á otra acera, están tapizadas de líneas de faroles venecianos interrumpidas de vez en cuando de pabellones y en el confin una alta pirámide que desde lejos y en conjunto produce un efecto óptico de los más seductores; ni en la capital de la República he visto iluminación semejante.

Hace seis días que terminaron las fiestas; las familias forasteras han regresado casi todas á sus diferentes tierras; la plaza de toros la están desbaratando; todo va quedando quieto y vuelve á su estado normal; las fiestas y todas sus peripecias pertenecen ya á la historia y pagan su tributo como lo que llega y pasa que "hoy es y mañana no." ¡Esto es lo efímero de todas las cosas!

Yo también tomo mi portante, Ma-

Por ahora comenzaré por decirte, que cuando estuve en Colima, y me hallaba en algunos círculos de personas jaliscienses, oía referir de Guadalajara maravillas, elogiando unos su hermoso cielo, otros sus magníficos edificios; estos el bello aspecto de sus calles, aquellos la magnificencia de sus plazas y paseos, sus baños, sus jardines, sus pintorescos alrededores, la belleza de las mujeres, el talento de los jóvenes, su valor, y en fin, cosas que me dejaban con la boca abierta. Estas descripciones, lleno de admiración, ponían alas al gran deseo que yo tenía de conocer á Guadalajara de años atrás, porque entrañaba para mí una tierna afección, la de que esta poética ciudad había sido la cuna de mi padre.

¿Cómo no había de experimentar emociones al irme acercando al valle donde, á la distancia de dos leguas, hacia el Sudeste, comencé á descubrir, sobre la línea de una loma, las agudas puntas de las torres góticas de la catedral, y al paso que ganaba terreno iban

creciendo sus dimensiones, poniendo en evidencia el resto de su arquitectura, apareciendo después la cúpula, el resto del gran edificio, y subsecuentemente otros templos de segundo orden y un considerable número de casas? La emoción que experimentaba ante el encantador panorama que tenía á la vista, era indescriptible; me hallaba poseído en ese momento de sentimientos encontrados; pensaba con tristeza en las bellezas de Colima y en los buenos amigos que en ella había dejado; pensaba que iba por fin á visitar la tierra natal del que me dió la existencia, y todas estas ideas estaban envueltas en la sorpresa que me causaban los imponentes objetos que tenía delante.

Pasó un momento, avanzó un poco más el carruaje que me conducía, y otras nuevas lomas ó quebradas del camino comenzaban, como el telón de un escenario, á ocultarme el hermoso panorama que tenía á la vista.... Se perdió por fin, y solo me rodearon las cor-

dilleras de montañas que circundan todo el valle de Jalisco, las inmensas lontananzas que se miran á los lados del camino, y me hallé poseído de la impresión que habia dejado en mi alma la grandiosa perspectiva que hacia un momento tuve á la vista, y los deseos de volver á verla y llegar á tocar los objetos muy de cerca. Oh! el que haya viajado, se ha de haber visto en las mismas circunstancias que yo al aproximarse á una ciudad, á un lugar del que tenga anticipadamente noticias ventajosas, ó que, habiendo hecho un viaje dilatado, se sienta con deseos de llegar al término de él, fatigado con las molestias consiguientes de un vehículo que camina las mas veces sobre un terreno no muy igual, cuyo balance tortura los miembros del cuerpo. Esto, y el vehemente ardor de ver objetos nuevos, de tratar á otras gentes, de observar nuevas costumbres y de experimentar goces desconocidos, que la imaginacion abulta y hace encantadores, ponen alas al deseo y es una verdadera inquietud

la que se experimenta, una molesta impaciencia.....

Pero ¡qué veo! vuelvo á tener delante las extremidades superiores de la torre de la Catedral..... asoman ya otras..... hermosas cúpulas ponen á la vista sus linternillas.... Oh! los edificios forman un océano arquitectónico, cuyo fondo cierran las azuladas montañas de la Barranca. Comienzo á ver las primeras calles al volver de una quebrada..... la gente, semejante á pigmeos por la distancia, los carruajes.... en fin, toda una ciudad, cuyo aspecto hace latir el corazón con un indefinible placer, porque en breve se tocará á sus puertas.

Rueda finalmente el carruaje sobre los empedrados, y algunas familias asoman a los balcones y ventanas para ver á los pasajeros, y éstos á su vez pasean la vista rápidamente sobre ellas y por todos los objetos que se presentan por delante.

Llegamos al hotel á las cinco de la tarde y á poco se desprendieron grue-

sos goterones de una nube tempestuosa, que mas tarde inundaba la ciudad, oyéndose á cada instante la detonacion del trueno.

Por mas que deseaba comenzar mi excursion por las calles para saciar mi curiosidad, la lluvia me lo impidió y tuve que resignarme á quedar preso por esa noche.

Fuí entretanto á los salones de billar, y despues al restaurant para tomar una comida, que el ejercicio que hice en el dia me la hacía apetitosa.... Mañana comenzaré á tomar posesion de la ciudad y te daré noticia de mis impresiones.

Es de dia: la atmósfera está pura y serena; el cielo de un azul limpio hermosísimo; algunas nubecillas blancas ruedan por el espacio, semejantes a pequeños copos de algodón, y un vivo sol

derrama su luz sobre una naturaleza encantadora, que solamente en los trópicos se ostenta galana, haciendo brillar los diamantes que la lluvia de la víspera depositó sobre las hojas de los arbustos; todo es alegre, todo tiene un color de rosa que lo baña de un tinte indefinible.

Las campanas de algunas iglesias llaman á misa y mucha gente pulula ya en las calles para respirar el dulce fresco de la mañana y ocuparse de sus diarias tareas.

Yo despues de haberme refocilado con un opiparo almuerzo, tomo el portante y, lleno de gozo porque iba á ver coronados mis deseos, doy principio a mi paseo me dirijo, primeramente á la plaza principal.

La plaza de armas que se halla situada al costado izquierdo de la Catedral, aunque no es muy extensa, es bastante hermosa por la disposicion de su ornato, un bello jardin y la fuente de agua cristalina que tiene en su centro, como igualmente por los naranjos

que circundan sus lados, cuyas flores de azahar aromatizan el ambiente, y en fin, por sus anchas aceras y asientos que contienen de noche la multitud de familias, que, á la luz de la luna ó el gas, van á tomar el fresco.

Contribuyen tambien para hermosear esta plaza, la Catedral y la fachada del palacio que está situado hácia la parte oriental, cuya estructura es severa y grandiosa. Aquella es grande y de bello aspecto en su interior y exterior; el primero por la riqueza y elegancia de sus altares, sus grandes órganos y hermosa cúpula: por el exterior, ésta y sus torres góticas, dan gallardía al conjunto, que en su mayor parte, es del orden compuesto.

Hay tres manzanas de casas que están circundadas de portales, dos de éstas tienen frente á la plaza de armas, en las que se miran las bonitas tiendas de ropa, platerías, mercerías, etc. Frente á la fachada de la Catedral que mira al Poniente, hay otra plaza mas pequeña y a su derecha está situado el pala-

cio episcopal, edificio que llama la atención por sus dimensiones y magnífica arquitectura.

Al costado Norte de la Catedral alardea una plaza grande; en la que se halla un cuartel de infantería, y la fachada al Poniente del Colegio del Liceo de Bellas Artes; ambos edificios son de grandes dimensiones y de buen aspecto.

Todas las calles de la ciudad son rectas, bien empedradas y enlosadas, aunque no muy anchas; los edificios en general son hermosos, y mas aún los nuevamente construidos. La poblacion, aunque consta de ciento diez mil habitantes, aparece poco numerosa, quizá á causa de que la ciudad ocupa una legua de extremo á extremo y aquella no se halla en proporcion a las dimensiones de ésta; conventos de ambos sexos, parroquias y otras iglesias abundan las mas de ellas de una arquitectura sencilla, algunas hermosas y ricas en su interior y exterior, especialmente Santa Maria de Gracia, San Agustin, San

Felipe, Jesus María, San Diego y otros.

Existen cinco grandes colegios, todos ellos monumentales; el de la Compañía, Seminario y Liceo para hombres, y el Hospicio y San Diego para señoritas. Estos grandes edificios son espléndidos y ricos en su arquitectura, especialmente los de la Compañía y Hospicio: éste tiene un templo circular en su centro, con una elegante cúpula, y de las cuatro puertas parten avenidas que dividen el edificio en cuatro grandes porciones que contienen hermosos departamentos con las oficinas del establecimiento, y patios con sus fuentes y una abundante colección de plantas y flores en todos ellos, que hacen risueño y agradable el conjunto..... ¡Oh! la vista de la fachada del Hospicio y la hermosa cúpula que la corona, produce un efecto óptico de lo mas seductor; visto en todo el largo de la calle de este nombre parece un monumento romano.

¿Y qué diremos del Hospital de Be-

len? Este es un edificio que, con el panteon que tiene á su lado, puede ocupar un cuarto de legua en cuadro. Grandes salones para los enfermos, espaciosos patios, algunos de ellos adornados de fuentes y jardines, competentes oficinas para los empleados y una buena escuela de ambos sexos, dirigida por las Hermanas de la Caridad.

El panteon de Santa Paula, adyacente al Hospital mencionado, es superior al de la capital de México, del mismo nombre. tanto por sus dimensiones como por su arquitectura del órden jónico; véñse un número considerable de mausoleos de diversos órdenes arquitectónicos, muchos de ellos ricos en su ornamentacion, obras algunas de los artistas jaliscienses, Galvez y Carreon. El cuadro que circunda el panteon y que abriga los sepulcros ó urnas embutidas en los muros, es un portal de bóveda y elegantes columnas. El centro está ocupado por una capilla gótica, elevada sobre cuatro escalinatas, que conducen á otras tantas fachadas ó puer-

tas, y debajo un subterráneo en el que se miran algunas urnas de personas notables.

De esta capilla parten multitud de callecitas que cortan toda la área del terreno, simétricas y hermoeadas con árboles y flores, que hacen apacible el lugar y disminuyen la tristeza de que se debe estar poseído al visitarlo; hay una especie de poesía que convida a detenerse en compañía de los que allí reposan.

Después de haber visto los edificios mencionados, un amigo que me servía de *cicerone*, y yo, nos dirigimos á ver los teatros. Son dos, el antiguo de Zumelzuy, cuya arquitectura no ofrece cosa notable, y el de Alarcon, que actualmente termina Gálves á expensas del ayuntamiento de la ciudad. Este teatro es una obra verdaderamente monumental por su solidez y estructura, entrando solamente el hierro y la cantera en su material, y aunque no hay en él una severa regularidad en sus órdenes arquitectónicos, llama, sin embargo, la

atención por sus grandes dimensiones y el golpe de vista que presenta. Todo el edificio ocupa una manzana, y tanto por sus costados como por su espalda, está circundado por una elegante portalería y tiendas, y la fachada es un peristilo compuesto de un soberbio intercolumnio, que cuando esté concluido debe dar gran majestad al conjunto.

La rotonda ó antepatio es oval, con columnas que sostienen otros dos cuerpos que hacen juego con el primero, y en seguida se penetra á otro vestibulo mayor, cubierto de cristales, que conduce definitivamente al salón. Penetrando á éste, la vista se dilata entre las enormes dimensiones del patio y palco escénico, mayores que los del teatro Nacional de México: una magnífica cúpula semi-cóncava, en la que hay ejecutadas escenas de la "Divina Comedia" por el aventajado jóven artista Suarez, corona el patio, que está circundado de cinco órdenes de palcos, cómodos y elegantes, sostenidos unos por otros con esbeltas columnitas y

hermosos balaustrados, todo decorado con estuco y oro.

El proscenio ó palco escénico tiene mucho fondo, y un profundo subterráneo, cruzado todo de fuertes arcos de piedra que sostienen el piso; este subterráneo sirve para guardar en él algunas decoraciones y colocar maquinarias para las comedias de magia.

El lugar donde se coloca la orquesta es otro pequeño subterráneo que forma la caja de una guitarra á fin de tomar tornavoz... Finalmente, el teatro Alarcon reúne á su belleza artística la mayor comodidad para gozar de los espectáculos, pudiendo verificarlo desde los cómodos asientos centrales del patio hasta el hueco mas hondo de la galería y rincones de los palcos de los costados, porque todos los asientos converjen perfectamente al centro.

Después de haber admirado el teatro Alarcon, nos dirigimos á mi hotel para tomar descanso, porque era la hora del medio dia, y quedé sorprendido al ver las calles casi desiertas y la mayor par-

te de las tiendas cerradas. Pregunté á mi amigo cuál era la causa de esto, y me contestó que en Guadalajara habia la costumbre de cerrar el comercio á la una del dia para irse á comer los comerciantes y se abria á las tres de la tarde. No quedé poco sorprendido de esta costumbre singular, que existió en la época de los Vireyes, y no la habia visto en ninguna otra parte.

Después de haber tomado algun refrigerio y un corto descanso, volví á emprender mi excursion dirigiéndome á la plaza de toros, que llama la atención porque es de maupostería, y se compone del tendido ó gradas y dos órdenes de palcos sostenidos por esbeltas columnas; sus dimensiones son como las de la plaza de toros de Bucareli en México. Concluida mi visita, como eran ya las cinco de la tarde, regresé al paseo, que está allí inmediato y queda al Oriente de la ciudad. Este lugar lo forma una gran calzada de cuatro hileras de árboles, que marcan una ancha calle en el centro y dos laterales, más, extre-

chas, con multitud de asientos de piedra, y se extiende un cuarto de legua, corriendo paralelo un canal, que tiene á un extremo opuesto bonitas casas de campo con huertas y jardines, embelleciendo el conjunto la hermosa iglesia de San Juan de Dios con su hospital y cuartel inmediato, y una serie de puentes que comunican á las calles que continúan la parte oriental de la ciudad. En el centro de este paseo, formando una tangente, está situada una grande alameda con algunas fuentes y glorietas, y la principal se adorna con una estatua de Neptuno, de piedra cantera, de escaso mérito artístico.

Comenzaron á rodar los carruajes de las familias de la aristocracia; en los que á porfía brillan las beldades jaliscienses: asomaron grupos de apuestos ginetes montados y vestidos, unos á la mexicana, en magníficos caballos, y otros á la inglesa ó á la francesa, en ligeros albardones. Veíanse entre otros grupos señoritas semejantes á ligeras Amazonas, que con el mejor garbo y

donaire manejaban su corcel, ondeando al ligero soplo de las auras las blancas plumas de sus sombreros ó sus velos transparentes. Por entre toda esta turba cabalgadora venia mezclada la gente pedestre; hermosas jóvenes que aunque tenían carruaje, preferirian dar el paseo á pié por hacer algun ejercicio; muchachas que aunque pertenecian á la clase media, no lucian por eso ménos sus hechizos, y todas, ricas y pobres, y aun las hijas del pueblo, atraian la atencion del extranjero por su garbo en el andar, su pié breve y calzado con esmero, y sobre todo, por sus divinos ojos, ojos hermosísimos, que traen á la memoria los de las bellas mugeres de la Alhambra, que nos pintan los poetas, y no es extraño, la raza de las de Guadalajara viene más directamente de la andaluza, que pobló una parte no pequeña del interior de la República.

Largo tiempo estuve contemplando aquellas hileras de carruajes y caballos que, á semejanza de una linterna mágica, pasaban rápidamente por mis ojos,

escribirte estas líneas, que termino ya porque está bien entrada la noche y han sido demasiado extensas.

Hasta otra vez, amada María.

F. S. G.

Guadalajara, Octubre 12 de 1877.

QUERIDA MARIA:

Mucho tiempo he dejado de escribirte, pero recordarás que dije en mi anterior, que lo verificaria cuando estuviera próximo á salir de esta ciudad, y como hoy es la víspera, cumpla mi palabra, dándote cuenta de los demás detalles referentes á ella. La semana pasada en mi anterior te hice una reseña de